

***Wādī Wāqīd, enclave musulmán en la pre-Cataluña
(el origen remoto de Monistrol de Montserrat)***

PERE BALAÑÀ I ABADIA
JOSEP BATLLE I COSTA

El poblamiento de las tierras que más adelante llegarían a ser catalanas, en el momento del establecimiento de los musulmanes instalados en ellas antes de finalizar el primer cuarto del siglo VIII y hasta las repoblaciones más tardías, ya de iniciativa condal, ha constituido siempre una cuestión de controversia entre los medievalistas¹. Sólo ciertas investigaciones muy sutiles han puesto de manifiesto la probable persistencia de pequeñas comunidades mozárabes en algunos enclaves rurales o urbanos². Aún más: no podemos tener ninguna certeza sobre el grado de islamización que afectó a la población autóctona a lo largo de todo el siglo VIII, si admitimos, además, que el paganismo se extendía por una gran parte de la zona pirenaica³. Por todo ello, y añadida la tumultuosa revuelta que encabezaron los cabecillas Aissó y Guillemó durante los años 826-827, el territorio central de la pre-Cataluña ha podido ser comparado a la debatida condición de “tierra de nadie” que tradicionalmente había sido atribuida al valle del Duero en la meseta septentrional: “*Pero al exterminar en el ancho país recorrido por sus expediciones asoladoras a los Musulmanes que no habían emigrado o perecido de hambre, y llevarse al otro lado de la cordillera cantábrica a los Mozárabes de aquellas regiones [...] la cuenca del Duero quedó casi totalmente despoblada en toda su extensión*”⁴. Sin embargo, las publicaciones más recientes han colaborado a desmitificar esta teoría largamente aceptada, teniendo en cuenta, entre otros argumentos, los restos arqueológicos y toponímicos que demuestran la continuidad del hábitat en ambas áreas⁵.

Otra polémica que podemos ir perfilando en detalle con nuestros conocimientos actuales -y con una gran dosis de sentido común- es la de la “arabización” o “berberización” de estas regiones durante el siglo VIII. El defensor más acérrimo de la primera tesis ha sido por principio, y especialmente en relación al pasado medieval

¹ *Catalunya Romànica. XI. El Bages*, Barcelona, 1984, pp. 19 y ss.

² A. Benet i Clarà, [apartados sobre los mozárabes en Cataluña y el despoblamiento del territorio], en *Catalunya Romànica*, XVII y XXI, Barcelona, pp. 28-31 y 431-445.

³ P. Balañà i Abadía, *L'Islam a Catalunya (segles VIII-XII)*, Barcelona, 1997, pp. 18-24.

⁴ L. G. de Valdeavellano, *Historia de España. I. De los orígenes a la baja Edad Media. Primera parte*, Madrid, 4ª ed., 1968, pp. 405-406.

⁵ Para nuestro ámbito concreto, resultan muy útiles las aportaciones de los volúmenes publicados por J. Bolós y V. Hurtado en la colección “*Atlas dels comtats de la Catalunya carolíngia*”, Barcelona, a partir de 1998, dotados de una cartografía excelente.

del posterior Reino de Valencia, el profesor Pierre Guichard⁶, combatido con toda la artillería historiográfica disponible por la escuela universitaria alicantina de Mikel de Epalza⁷. A favor de las ideas del primero se han dirigido las obstinadas investigaciones del Dr. Miquel Barceló, desde la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), que han puesto de relieve la importancia del elemento beréber en la ocupación de la pre-Cataluña⁸. No podía esperarse ningún resultado innovador, dadas las afirmaciones de las propias crónicas árabes y la proximidad del norte de África a la Península Ibérica. Hoy en día nos hallamos ante un proceso similar y nadie se sorprende en absoluto. Los inmigrantes de ahora continúan siendo los mismos que en la Alta Edad Media, eso sí, islamizados del todo y arabizados en parte. Pero ya admitía el historiador magrebí al-Maqqarī (1591-1631), buen conocedor de las obras de los andalusíes Ibn Ḥayyān (987-1076), del cadí 'Iyāḍ ibn Mūsā (ss. XI-XII), nacido en Ceuta, y de Ibn al-Jaṭīb (1313-1375), que: “Después [de la entrevista entre ambos caudillos, celebrada a finales de julio del año 713] Mūsā hizo las paces con Ṭāriq, se mostró halagüeño con él, le confirmó el mando de la vanguardia y le ordenó que con sus tropas [beréberes] avanzase delante de él. [...] Mūsā seguía el camino de Ṭāriq, completaba lo que éste comenzaba y confirmaba los pactos que los habitantes habían hecho con él”⁹.

Como hemos dicho en alguna reseña del libro, es una lástima que el estudio más valioso, por ahora, de los beréberes de al-Andalus¹⁰, sólo se base en los datos de los repertorios bibliográficos árabes conservados. Esto redundaría en el hecho de que el territorio nordeste de la Península Ibérica esté poco representado en él (Mequinenza, en la denominada “Franja de Ponent”, es la población más destacada en esta dirección). Posiblemente el aprovechamiento de la emblemática obra de Dubler¹¹ y la puesta al día del contenido de la obra con los elementos que proporciona la toponimia fosilizada en los documentos latinos y catalanes medievales –por ejemplo la alquería de *Malīla* (homónima de la actual ciudad de Melilla), que es citada en los

⁶ Quien puso de relieve las estructuras tribales árabes y beréberes en Al-Andalus en una obra clave: *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona, 1976 (reeditada recientemente).

⁷ Aparte de las últimas referencias a la cuestión que desarrolla M. de Epalza Ferrer, “L’estructuració del territori islàmic de Catalunya (segles VIII-XII): vies, ciutats, fronteres. Aportacions”, en *Actes del V Congrés Internacional d’Història Local de Catalunya. L’estructuració territorial de Catalunya. Els eixos cohesionadors de l’espai* (Barcelona, 10 i 11 de desembre de 1999), Barcelona, 2000, pp. 13-35, véanse los otros trabajos del propio autor citados por P. Balaña i Abadía, *Bibliografia comentada de l’Islam a Catalunya (713-1153)*, Lleida, 1998, núms. 638 y 648.

⁸ *Ibidem*, núms. 252-255, 259, 259 y 262.

⁹ Traducción literal de la versión catalana de J. M. Millàs i Vallicrosa, *Textos dels historiadors àrabs referents a la Catalunya carolíngia*, Barcelona, 1987, pp. 18-21. En adelante, para el caso de otros fragmentos originales catalanes de siglos pasados, hemos procurado normalizar su ortografía, acentuación y puntuación para traducirlos después al castellano.

¹⁰ H. de Felipe, *Identidad y onomástica de los beréberes de Al-Andalus*, Madrid, 1997.

¹¹ C. E. Dubler, “Über Berbersiedlungen auf der iberischen Halbinsel Untersuchung auf Grund der Ortsnamen”, *Romanica Helvetica*, 1943.

alrededores de Tortosa en la recopilación conocida como la *España sagrada*¹²- o la multitud de datos incorporados en el *Onomasticon Cataloniae*, de Joan Coromines, permitirían precisar mejor los perfiles poblacionales de unas tierras pre-catalanas en que el tópic consagrado se había basado siempre en la hegemonía de las tribus árabes del sur o yemeníes¹³.

No obstante, si además de la toponimia consideramos válida la afirmación de que “*Los estudios de los antropónimos pueden aportar al historiador, para esta época de antes del siglo X, numerosos datos sobre las características de una población determinada. Nos pueden permitir saber, sobre todo, las influencias externas que ha sufrido una comunidad. Nos permiten conocer las relaciones humanas recientes y las relaciones más lejanas en el tiempo y en el espacio*”¹⁴, entonces es la tarea a menudo humilde de los investigadores locales la que nos ayudará en nuestra empresa. Y éste es exactamente el caso de un descubrimiento que incluso quedó fuera de la magna obra de Coromines en relación a los contornos de la sierra de Montserrat y, más concretamente, respecto al actual término municipal de Monistrol de Montserrat, el cual obligará a reescribir los textos incluidos en la *Gran Geografía Comarcal de Catalunya*, vol. 2, p. 110, y en *Catalunya Romànica*, en el apartado de población del volumen XI, dedicado a la comarca del Bages, en relación con los inicios históricos de dicho pueblo. Porque ya Argaiz, el año 1677, afirmaba que la última edificación de la torre llamada *Bestorre*, a la entrada de la localidad, y sin duda erigida sobre una primitiva atalaya islámica del siglo VIII que, a la orilla derecha del Llobregat, controlaba uno de los vados del río, fue ordenada por el prior Vicenç de Ribes el año 1408¹⁵. También trató esta cuestión, más adelante, mediado el siglo XIX, el famoso diccionario de Pascual de Madoz¹⁶.

Al fin, hemos descubierto una curiosa descripción de la Bestorre que figura en el manuscrito parcialmente inédito –procedente de un archivo privado– del fraile Zoile Gibert, titulado *Noticia de les antiquitats de la Vila de Monistrol de Montserrat, 1824*, p. 22, bajo el encabezamiento de “*Torre frente a la villa: La torre que había construida sobre la altura de la Canaleta frente a la villa, que destruyó un abad de Montserrat llamado Marrón, del que antecedentemente se ha hablado, es tradición que había sido construida en tiempos en que los moros dominaban la España. [...] La que estaba frente a esta villa, para destruirla la minaron, pusieron barriles de pólvora, y cayó la mayor parte, y se ve que había sido construida con piedra y cal,*

¹² A. Virgili, “Tortosa sarraïna”, en el volumen correspondiente de *Catalunya Romànica*.

¹³ P. Balañà, *L'Islam...*, pp. 84-86.

¹⁴ J. Bolós, “Onomàstica i poblament a la Catalunya septentrional a l'Alta Edat Mitjana”, en *Histoire et archéologie des terres catalanes au Moyen Age*, Perpignan, 1995, p. 65.

¹⁵ G. de Argaiz, *La Perla de Cataluña. Historia de Nuestra Señora de Montserrat*, Madrid, 1677.

¹⁶ P. Madoz, Artículos sobre EL PRINCIPAT DE CATALUNYA, ANDORRA I ZONA DE PARLA CATALANA DEL REGNE D'ARAGÓ al “Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar”, Barcelona, 1985, artículo “Monistrol de Montserrat”.

*obra muy fuerte que, si han querido aprovechar algunas piedras, han tenido que deshacerla con barrenos*¹⁷.

En otras ocasiones hemos demostrado cómo la atribución sistemática de los elementos de fortificación en la etapa islámica de la historia de las actuales tierras catalanas responde a una especie de imaginario popular que denominamos hace años “arabofobia latente”¹⁸. También en este caso podríamos pensar que estamos ante el mismo fenómeno, teniendo en cuenta los materiales de construcción que cita Gibert¹⁹. Pero, aparte de que las pequeñas guardias, torres de vigía o atalayas erigidas por los musulmanes en el campo durante los siglos VIII-IX posiblemente eran en su mayoría de madera, si no habían aprovechado antiguas construcciones pétreas ibéricas o romanas, aquí se da la circunstancia de que el clérigo avanza una estrategia de vigilancia de los caminos -terrestres o fluviales- bien documentada para las riberas del Segre y del Ebro, por ejemplo²⁰: “*También había otra [torre] en San Antolí, un poco antes de llegar a la capilla yendo a ella desde Monistrol, otra en Vaccarissas, otra en la Sierra del Ubach, y se dice que estas torres las habían construido los moros para darse señales más prontas de lo que ocurría, y hacían fuego, o fuegos, en lo más alto de ellas. Estaban construidas estas torres de forma redonda por dentro y por fuera, paredes muy gruesas; había una sola puerta o portal para entrar. Por dentro también tenían la forma redonda, y de la pared salían unas piedras en forma de peldaños que iban rodeando la pared, e iban ascendiendo hasta llegar a lo más alto, donde había un agujero, que un hombre pudiese pasar libremente, y por dichos peldaños se subía, pues por la parte de dentro quedaba muy poco espacio*”²¹.

Es decir, podríamos considerar como muy probable que la Bestorre (196,3m) hubiese tenido -en el periodo de presencia musulmana en la zona- una torre (196,3m) hubiese tenido -en el periodo de presencia musulmana en la zona- una torre gemela en el margen izquierdo del río Llobregat, con visión directa entre ambas y situada a no demasiada distancia. Y, en efecto, la publicación relativamente reciente de la obra del padre Benet Ribas (1735-1812), redactada por encargo del célebre Francisco de Zamora (1757-1812) a fin de compilar una obra monumental sobre Montserrat, nos ha confirmado esta hipótesis, al mismo tiempo que nos ha proporcionado una pista

¹⁷ La ortografía, acentuación y puntuación del texto original han sido ligeramente actualizadas. El manuscrito del padre Gibert es conocido y citado por D. Blasco i Planesas, “L’enderrocament de la Bestorre”, en *Un any de vida monistrolenca-1995*, Monistrol de Montserrat, 1996, pp. 78-81, y J. Batlle, “Una aproximació als orígens de la bestorra”, en *Un any de vida monistrolenca-1997*, Monistrol de Montserrat, 1998, pp. 47-48.

¹⁸ P. Balaña, *L’Islam...*, p. 10. J. Martí i Castell, *Els orígens de la llengua catalana*, Barcelona, 2001, p. 133.

¹⁹ A. Benet i Clarà, “Castells, guàrdies i torres de defensa”, en *Symposium internacional sobre els orígens de Catalunya (Segles VIII-XI)*, Barcelona, 1991, vol. I, pp. 398-399.

²⁰ P. Balaña, *L’Islam...*, pp. 69-74.

²¹ Z. Gibert, *loc. cit.*

evidente sobre los oscuros orígenes del municipio actual²². La citada torre gemela, que se levantó a una altitud similar a la de la Bestorre, y a 1.600m hacia el noroeste, hoy en día está casi en ruinas junto a la capilla o ermita de Sant Antolí, también maltrecha y olvidada. Esta capilla fue erigida por orden de Ramon de Vilaregut, prior de Montserrat en el período 1334-1348²³, cuyo escudo se destaca aún en la dovela central del arco de la puerta. Gibert la recuerda perfectamente: “*Todas [las torres] habían sido construidas de la forma referida, porque en la de S. Antolí había entrado en varias ocasiones para cerciorarme de su tipo de construcción*”²⁴.

Los precedentes medievales documentados nos dan noticia de que la torre existía por lo menos ya en el año 1123, cuando Elías, abad de Ripoll, y Berenguer Bernardo, “*con toda la congregación a ellos sujeta, dieron en feudo a Arnaldo Berenguer y a Pedro Miró la torre de Guadvacched, que está en Monistrol, con el pacto de cultivar las tierras y reedificar la torre dentro de 4 años; y que tenga facultad el prior de Montserrat para edificar allí casa y también los vasallos del monasterio*”²⁵. No fue sino más adelante, entre los años 1225 y 1227, que, junto a la torre, fue construida la primitiva capilla, bautizada con el nombre de Sant Antolí, patrón de la pequeña iglesia²⁶.

Pues bien, esta “torre de Guadvacched” pertenecía al área delimitada por las afrontaciones de la primera donación de propiedades, en las montañas de Montserrat, realizada por el conde Sunyer el año 933 en beneficio del monasterio de Ripoll y cuando ni siquiera el monasterio de Montserrat no tenía prior propio (el primero fue elegido en 1082)²⁷. Otra donación posterior, del propio rey Lotario (982), confirmaba la de 933²⁸. El nombre de lugar o topónimo del documento de 1123, sin embargo, ya debía tener una larga historia. Lo descubrimos en los seis pergaminos

²² B. Ribas i Calaf, *Història de Montserrat (888-1258)*, Abadía de Montserrat, 1990 y *Annals de Montserrat (1258-1805)*, Abadía de Montserrat, 1997. En relación al proyecto de Zamora, véase el artículo de F. X. Altés i Aguiló y J. Galobart i Soler, “Un ambiciós projecte d’història eclesiàstica i natural de Montserrat”, *Revista Catalana de Teologia*, XIII/1, 1988, pp. 205-242, donde, en apéndice, aparecen las cartas que Ribas dirigió a Zamora entre el 11 de julio de 1789 y el 17 de abril de 1790, casi siempre excusándose por no haber acabado su tarea y enviando algunos fragmentos, a modo de adelanto y en forma de cuadernos.

²³ B. Ribas, *Història...*, p. 39.

²⁴ Z. Gibert, *loc. cit.* Debemos hacer constar que el padre Ribas había afirmado pocos años antes que la citada torre ya no existía. Pero creemos que la descripción de Gibert es más personal, directa y viva, al no proceder de un encargo sino del propio interés.

²⁵ B. Ribas, *Història...*, p. 171.

²⁶ *Llibre de fundacions*, s. XIV. Archivo de Montserrat, folio 5 v. El subrayado es nuestro.

²⁷ F. Udina i Martorell, *Documents cabdals de la Història de Catalunya*, I, Barcelona, 1985, doc. 3, pp. 23-27, reproduce el pergamino de una apócrifa donación anterior del conde Wifredo (888), lo transcribe parcialmente y comenta esta donación datada “el 12 de las calendas de mayo, en el primer año del reinado del rey Odón”. Véanse también P. de Marca, *Marca Hispánica*, París, 1668, columnas 818-819; A. Yepes, *Crónica general de la orden de S. Benito*, Valladolid, 1613, vol. 4, folios 183v-184 (manuscrito de la Biblioteca Nacional de París) usado por B. Ribas, *Història...*, p.124; F. Udina Martorell, *El Archivo Condal de Barcelona en los siglos IX-X*, Barcelona, 1951, doc. 5, pp. 107-109.

²⁸ El índice cronológico completo de los priores de Montserrat debe elaborarse a partir de B. Ribas, *Història...*, pp. 43-48, y B. Ribas, *Annals...*, pp. 26-96.

que nos interesan, cuyos originales fueron destruidos durante el incendio del monasterio de Montserrat del 1811, en plena Guerra de Independencia (1808-1814)²⁹, pero que ya habían sido recogidos fielmente por el padre Ribas. Veámos cómo, en calidad de propietarios, los abades de Ripoll suscriben los dos primeros (de 1002 y 1065) y, después, los priores de Montserrat firman los cuatro últimos (1110, 1123, 1156 y 1225, respectivamente). En resumen dicen:

1. “Otra prueba de que el Abad de Ripoll disponía de las haciendas de Montserrat, es una venta que el mismo Seniofredo abad otorgó a 29 de julio de este 1003 [1002] a favor de Raimundo I y su mujer Ermeleva, de **unas tierras, casas y molinos en Monistrol, condado de Manresa, donde dizen Guaro vv[w]vachez** (y hoy día los Bacos) que dicho Abad había adquirido por donación de Juliano, difunto, por precio de VIII manchusos de oro óptimo”³⁰.

2. “En otra del siguiente año (1065)...; pues en la donación que otro Guilaberto hizo a Sta. Maria de Ripoll de su propia hacienda que era censual (del señorío) de dicha Sta. Maria, sita en el condado de Manresa en el lugar dicho **Guad achez**”³¹.

3. “1110. Guitardo Guifredo y otros cedieron y definieron a favor de Sta. Maria de Montserrat y de Gervasio, prior, y de sus monjes un **alodio u hacienda llamada Guad vachet**”³².

4. “1123. Elías, Abad de Ripoll, y Berenguer Bernardo, ...” (citado antes)³³.

5. “1156. Este prior don Pedro, en dicho día y año [1 de julio], dio en feudo a Ermensidis y a su hijo Pedro la **torre de Guad vachet con todas las masías de su término**”³⁴.

6. “1225. El citado prior Berenguer y su convento de Montserrat cedieron a Bernardo Pons y sus herederos **unas tierras en el manso de Guadachet del término de Monistrol**”³⁵.

Comparando los dos últimos documentos podremos comprobar que, al menos hasta el año 1156, un extraño paraje designado con diversas grafías (desconocido también por J. Coromines a causa de la tardía edición -1990 y 1997- de las obras del padre Ribas) constituía un “término”. Pero menos de cien años después, en 1225, el *monesteriolu* o “monasterio pequeño” que corresponde al actual Monistrol de

²⁹ B. Ribas, *Història...*, p. 148; Marca, *op. cit.*, columnas 929-931; R. d'Abadal, *Catalunya carolingia. II. Els diplomes carolingis a Catalunya*, Barcelona, 1952, pp. 166-174.

³⁰ Josep Moran i Ocerinjauregui, *Estudis d'onomàstica catalana*, Abadía de Montserrat, 1995, p. 33.

³¹ J. Salat, *Tratado de las monedas labradas en el principado de Cataluña*, 1818. B. Ribas, *Història...*, p. 152. Todos los subrayados de los documentos son nuestros.

³² *Ibidem*, p. 171.

³³ *Ibidem*, p. 185.

³⁴ *Ibidem*, p. 186.

³⁵ *Ibidem*, p. 191.

Montserrat, documentado en 942 como límite del alodio de Santa Cecilia de Montserrat³⁶, y que había ido creciendo en la orilla derecha del Llobregat había adquirido su propia condición de “término” y, que, además, se había anexionado todos los componentes del anterior, que debía vincularse a título de agregado al núcleo más poblado de Monistrol de Montserrat. Por esta razón se puede deducir sencillamente que el lugar documentado por su topónimo específico como mínimo desde el año 1002, constituyó el verdadero origen del municipio que todavía conocemos. El establecimiento humano, musulmán como veremos, núcleo de lo que después sería la “partida” de Sant Antolí, debía perder población poco a poco a favor del progresivo poblamiento del actual pueblo de Monistrol de Montserrat, proceso tal vez favorecido por los priores de la abadía o, en su caso, acelerado a causa del movimiento natural de población, aunque nos inclinamos por admitir como más plausible la primera explicación, ya que las condiciones climáticas en el margen izquierdo del Llobregat son mucho más benignas que en Monistrol, localidad que tiene poquísimas horas de insolación durante el invierno. Los priores, al mismo tiempo, seguramente también superaban el obstáculo del río al instalarse en el pueblo y asegurarse siempre la comunicación directa con el monasterio, incluso en épocas de avenidas y riadas, porque sabemos que el puente indispensable para realizar dicha función no fue edificado hasta finales del siglo XIV.

Con todo, el recuerdo de aquel raro topónimo no se perdió de inmediato. Todo lo contrario: se conservó y evolucionó -aplicándole los repobladores cristianos de los condados catalanes la táctica de la conocida y demostrada “santificación” de numerosos topónimos de origen desconocido³⁷- con su agregación al nombre de la capilla que había sido erigida allí mismo. Así pues, a partir de estos días, alrededor del segundo cuarto del siglo XIII, y hasta finales del XV, en la documentación catalana hallamos la nueva nomenclatura del lugar sin demasiadas variaciones: 1) *Sant Antholi de Guacho* (1416-17)³⁸; 2) *Sent Antoni de Guacho* (1416)³⁹ y 3) *Sent Antoni de Gacho* (1417)⁴⁰. A pesar de ello, en los testamentos redactados en latín que se conservan en el Archivo Municipal (de fines del siglo XIV o de principios del XV), hemos podido verificar que se omite siempre el complemento toponímico *Guacho* (o *Gacho*) y que las citas nos remiten exclusivamente al lugar dicho *Bto anthonino* o *Bti Anthonini*. En la actualidad, a nivel popular, son identificados casi de manera biunívoca los antiguos terrenos denominados Sant Antolí y “els Bacus”, éste a veces grafiado en textos modernos con las variantes *Bacos*, *Baccos* y *Vaco*, a pesar de que la cartografía científica distingue con claridad ambos parajes, el primero

³⁶ A. Benet i Clarà, [apartado sobre los monasterios de tradición visigótica en el Bages], en *Catalunya Romànica. XI. El Bages*, Barcelona, 1984, pp. 45-46.

³⁷ P. Balañà, *El Islam...*, pp. 23-24 y 75-82.

³⁸ Testamento de Johan Formiga, alias “Villar”, *Llibre de registres 1416-1417*, Archivo Municipal de Monistrol de Montserrat (AMMM).

³⁹ *Ibidem*, testamento de Ramon Tria, año 1417.

⁴⁰ *Capbreu de l'any 1668*, Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Protocolos notariales, vol. 34.

sobre una colina y el segundo, en las huertas fértiles y bajas que se extienden a lo largo de la orilla izquierda del Llobregat⁴¹.

Si intentamos desentrañar el origen del nombre de lugar más antiguo, tarea específicamente filológica, enseguida vislumbramos un posible étimo árabe bajo las grafías documentadas entre los siglos X y XII. Para no alargarnos aquí en este aspecto, que desarrollaremos próximamente en detalle⁴², digamos que en el origen de los *Guaro vvahezet* (wahezet; 1002), *Guad vachet* (1110), *Guadvacched* (1123), *Guad vachet*. (1156) y *Guadachet* (1225), se esconde la expresión arábiga *Wādī Wāqid*, “el río, barranco o torrente de Wāqid”, formada por un sustantivo determinado por un antropónimo o nombre de persona. Casos similares en tierras de lengua catalana o muy cercanas a ellas serían los conocidos Guadaisá < *Wādī 'Īsà* o Guatizalema (en la provincia de Huesca) < *Wādī Salāma* y *Wādī Rifā'a* (río Rifa en versión latina), “el río, barranco o torrente” de Rifā'a- que aparece en un documento de 935 en el *Cartulari de Sant Cugat del Vallès*⁴³. Por esto hoy en día el antiguo *Wādī Wāqid* recibe el nombre superpuesto de *Torrent de Sant Antolí*, el cual desemboca en el río Llobregat con una inclinación pronunciada, al tiempo que recoge las aguas de otro pequeño torrente por su derecha, tras recorrer una pendiente de más de 90m de desnivel.

¿Quién debía ser este musulmán llamado *Wāqid*, al que la estrategia defensiva de la frontera primeriza encomendó la vigilancia del paso del río por el mismo sitio por donde, tanto en la Alta Edad Media como actualmente, discurre la carretera de Terrassa a Manresa? Nunca lo sabremos con absoluta seguridad, e incluso tenemos dudas razonables sobre sus orígenes beréberes o árabes. La última probabilidad viene avalada por un conjunto de dieciséis miembros de una familia originaria de Siria de la que sabemos que el primero emigró a al-Andalús durante la primera mitad del siglo VIII, quizás con el ejército de Balý ibn Bišr, encargado de sofocar la

⁴¹ S. Redó i Martí, “Els Bacos. Primeres referències històriques (Segles X al XIII)”, en *Un any de vida monistrolenca-1994*, Monistrol de Montserrat, 1995, p. 44; J. Galobart i Soler, “La toponimia del terme de Monistrol de Montserrat segons el capbreu de l'any 1723”, en *Un any de vida monistrolenca-1992*, Monistrol de Montserrat, 1993, p. 54a. J. Coromines, *op. cit.*, tampoco pudo recoger ninguna de las grafías con “b” inicial. En cuanto a la cartografía, véanse “Plànol topogràfic de Montserrat y de sos voltants”, *Revista Montserratina*, 1909; J. Galobart, “La toponímia...”; los dos mapas a escala 1:5.000 que abarcan el término municipal y el CD-ROM *Mapa comarcal de Catalunya 1:50.000. 7. Bages*, Barcelona, 1999.

⁴² En el Coloquio de la Societat d'Onomàstica que se celebrará en Manresa los días 5 y 6 de octubre del 2001.

⁴³ M. Asín Palacios, *Contribución a la toponimia árabe de España*, Madrid-Granada, 2ª ed., 1944, pp. 109 y 111; E. Terés, “La voz árabe “al-wādī” reflejada en documentos latinos y romances”, *Al-Andalus*, XLII, 1977, p. 27; F. Corriente, *A grammatical sketch of the spanish arabic dialect bundle*, Madrid, 1977, p. 23, nota 3; F. Udina, *El Archivo...*, p. 257, doc. n.º 106; P. Roca i Garriga, *Índex toponímic del cartulari de Sant Cugat del Vallès*, Sabadell, 1981, pp. 68a y 96b; Juan A. Souto, “El emirato de Muḥammad I en el *Bayān al-Mugrib* de Ibn 'Iqdār”. *Anaquel de Estudios Árabes*, 6, 1995, p. 231, n.º 47 y p. 232, n.º 52.

revuelta beréber de los años 740-741⁴⁴. En su cadena genealógica aparece la *nisba* (gentilicio familiar o local) de la tribu de Gáfīq, pero después fueron conocidos como los Banū Dīnār⁴⁵. No obstante, no podemos descartar su procedencia beréber porque este “nombre de agente” (*Wāqid* significa en árabe “iluminado, instruido” o tal vez mejor “el que ilumina, el que instruye”) no parece frecuente entre los musulmanes orientales⁴⁶, y también porque el único miembro de la familia en cuestión (Abū Muḥammad ‘Isā ibn Dīnār ibn Wāqid, que vivió en Toledo y en Córdoba y que murió el año 827), citado sólo por el geógrafo oriental Yāqūt (1178-1229), presenta modificado este punto de su *nasab* (*Ibn Wāfid*), antropónimo más conocido en Oriente y atribuido en al-Andalús casi a título de identificador absoluto a uno de los médicos y botánicos ciertamente famoso, dado que incluso una parte de su obra médica fue traducida al catalán durante la Baja Edad Media⁴⁷.

La inicial concesión de tierras a dicho *Wāqid*, con obligaciones de vigilancia incluidas, y tal vez en forma de *iqṭā'*-tipo de cesión semi o protofeudal andalusi bien estudiada por Chalmeta- debía evolucionar hacia una clase de explotación agraria que más tarde los cristianos llamaron alodio (*alou*), incorporando a las obligaciones de la milicia el cultivo de los campos y huertos del entorno inmediato, y quizás llegó a constituir la base económica mínima para poder mantener a un pequeño grupo de población -no cristiana- estable. Advirtamos que, ya en la escritura de 1002, son mencionados, en calidad de elementos permanentes y diferenciados, “casas, tierras y molinos”, y, más de cien años más tarde, en la de 1110, “mansos, tierras y viñas”. Esta práctica de ocupación del territorio por parte de los musulmanes ha sido definida, al tratar de los espacios interurbanos como que “pueden ser de poblamiento disperso y de producción de subsistencia, o de intercambio muy limitado”⁴⁸.

Desde una perspectiva topográfica, el *Wādī Wāqid* se hallaba en una época determinada —a raíz de la reiterada (y discutible) división de Cataluña (¿qué Cataluña?) en “Vieja” (*Vella*) y “Nueva” (*Nova*)- en la línea septentrional de la frontera superior andalusí (*al-Tagr al-A’lā*), establecida entre los territorios

⁴⁴ R. P. Dozy, *Historia de los musulmanes de España*. Tomo I. Las guerras civiles, Madrid, 1982, pp. 209-262.

⁴⁵ H. de Felipe, “Gāfīqies en Al-Andalus: datos para la evolución de una *nisba*”, en *Estudios Onomástico-Biográficos de al-Andalus [EOBA]*, Madrid, VII, 1995, pp. 537-555.

⁴⁶ *The Book of Muslim Names*, compilation by Aziza Hamid, London, 1985.

⁴⁷ Manuela Marín, “Nómina de sabios de al-Andalus (93-350/711-961)”, en *EOBA*, I, 1988, p. 74, n° 993; Victoria Aguilar-Miguel Ángel Manzano-Carmen Romero, “Biografías andalusíes en las obras de Yāqūt e Ibn Jallikān: Iršād al-arīb, Mu’yam al-buldān y Wafayāt al-a’yān”, en *EOBA*, I, 1988, p. 260, n° 181; L. F. Aguirre de Cárcer, *Ibn Wāfid (m. 460-1067). Kitāb al-adwiya al-mufrada (Libro de los medicamentos simples)*, Madrid, 1992, 2 vols.; Luis Farauto de Saint-Germain, *El “Libre de les medecines particulars”. Versión catalana trecentista del tratado de los medicamentos simples de Ibn Wāfid, autor médico toledano del siglo XI*, Barcelona, 1943; Juan A. Souto, *op. cit.*, p. 238, n° 61. Sorprendentemente, y sin citar la fuente, también aparece como ‘Isā ibn Wāfid en Pedro Chalmeta, “El matrimonio según el *Kitāb al-Wafā’iq* de Ibn al-‘Attār (s. X). Análisis y observaciones”. *Anaquel de Estudios Árabes*, 6, 1995, p. 55, nota 115.

⁴⁸ M. de Epalza, *op. cit.*, p. 25.

gobernados respectivamente por los musulmanes y por los condes cristianos, y que, a grandes rasgos, seguía de forma aproximada los cauces del Llobregat y del Cardener⁴⁹. Las cimas y toda la zona de Montserrat quizás habían sido ocupadas por los musulmanes en el mismo momento de su colonización, durante el primer cuarto del siglo VIII. La función del *Wādī Wāqid* debía ser la de proteger el área que se extiende desde el puente del Cairat hasta la Puda, único vado por donde se podía cruzar el río Llobregat en tiempos de avenidas. Y ya conocemos la trascendencia política, administrativa, fiscal y militar que tenían entonces el control y la protección de toda clase de ejes viarios, incluyendo los fluviales. En época de la repoblación cristiana también encontramos dos castillos cercanos con visión directa desde esta colina: el de Sant Salvador de les Espases y el castillo Otger, citado sólo por la documentación pero con una ubicación bien determinada por las afrontaciones referidas especialmente en las escrituras que tratan de la “cuadra” de Sant Miquel⁵⁰.

Al ser repoblado este asentamiento, el nombre antiguo, con una fijación probable de más de cuatro generaciones musulmanas, ya se había fosilizado y si, a todo ello, añadimos la existencia cercana de la *Canal del Moro*, la *Font del Moro*, la *Font Nova del Moro*, el *Mirador del Moro*, el *Serrat del Moro* y la *Torre del Moro*, topónimos diseminados a poniente y levante de la cumbre de Sant Jeroni, y la presencia documentada en la zona -mediante la cartografía histórica consultada- de diversos nombres de lugar de origen árabe -*Cirera*, *Gallifa*, *Mussara* (*Almuzarra*) y la partida (*tros*) de *Eucata* (*al-qaṭ'a*), entre otros, por ejemplo, en el territorio de los alrededores, se refuerza la hipótesis de su importante índice de islamización. Señalemos, a modo de anécdota, que incluso en la rumorología popular, aparte de su atribución a la época andalusí, nos han llegado afirmaciones en el sentido de que la Bestorre, prácticamente arruinada por completo, había sido declarada *Patrimonio Artístico Nacional*, circunstancia que nos ha sido negada categóricamente por el propio consistorio de Monistrol de Montserrat.

En definitiva, pues, tal y como habíamos afirmado antes, no cabe ninguna duda sobre el hecho de que el primitivo *Wādī Wāqid* (siglos VIII-IX) constituyó el origen real de Monistrol de Montserrat, los habitantes del cual, más adelante (siglo XIII) le

⁴⁹ A. Benet i Clarà, “Castells i línies de reconquesta”, en *Symposium internacional sobre els orígens de Catalunya (Segles VIII-XI)*, Barcelona, I, 1991, p. 367.

⁵⁰ J. Solà, *San Salvador de les Espases*, Abadía de Montserrat, 1929, 2ª ed., 1990; *Els castells catalans*, Barcelona, V, 1976, pp. 692-695; “Els castells de Montserrat”, en *Narracions montserratines*, de Francesc Carreras i Candi, 1911; B. Ribas, *Història...*, pp. 126-128.

aplicaron la denominación de Sant Antolí. La desaparición definitiva del poblamiento humano en el enclave que nos ha ocupado debía coincidir con certeza con el final de la práctica del culto en esta capilla, incógnita cronológica pendiente aún de resolución definitiva.